

Por ello puede Lucien Goldmann sintetizar en cierta ocasión cómo es el primero en plantear con total agudeza el problema de las relaciones entre el individuo, la autenticidad y la muerte. Hans Castorp, en su desesperanza patética, englobaría este proyecto de pasar de la vida como ilusión a la vida como realidad, de tardía versión de un *Bildungsroman* que hace de *Wilhelm Meister* una obra más significativa que *Rojo y negro*. Marx admira el método de Balzac, y así se impone la retórica de la «realidad concreta» a los cauces experimentales que Joyce, Kafka y Proust están marcando y que seguirán hacia el presente por nombres tan distintos como Faulkner, Borges o Nabokov. «Las categorías expresan formas de ser, condiciones de existencias» no es sólo un aserto extraído de *Historia y consciencia de clase*, sino la sospecha de que cualquier dimensión retórica significativa del texto es un reflejo de una categoría ideológica subyacente. La «realidad concreta» de *Ulises* sería su propia incapacidad por ser novela de lucha de clases.

Cervantes no estaría afortunadamente en el mismo ámbito que Walter Scott, pero su método sería el vigente hasta 1922, cuando Joyce lo desbanca. Lo mismo *El alma y las formas* (1910) como los *Estudios en realismo europeo* (1935-1939), pasando por *El joven Hegel* (1948), inducirían a pensar que la literatura había encontrado una nueva forma expresiva, una vigencia combativa y polémica, donde la «inmanencia de la consciencia» añadiera un matiz ideológico marxista a una percepción textual que pudiera caer en órbitas psicológicas. Freud sería el gran enemigo a ese proyecto y cuando esboza los preceptos de la *Sociología de la literatura* (1961) está forjando el fetichismo de la lectura ideológica, rompiendo con las lecturas monotemáticas, donde quedan recuerdos de un ascetismo interior que haría del lector no un juez, sino un cómplice del texto, que en Lukács tendría el peligro de convertirse en una «verbalización» del marxismo, unos mecanismos expositivos de los que Walter Benjamin tampoco se descartaría. *Teoría de la novela* tiene momentos que recuerdan a Winckelmann cuando hablaba de la tiranía de lo clásico sobre lo germánico, en un alarde de obsesión por la «objetividad» que primero sería emblema platónico para pasar a hegeliano y marxista.

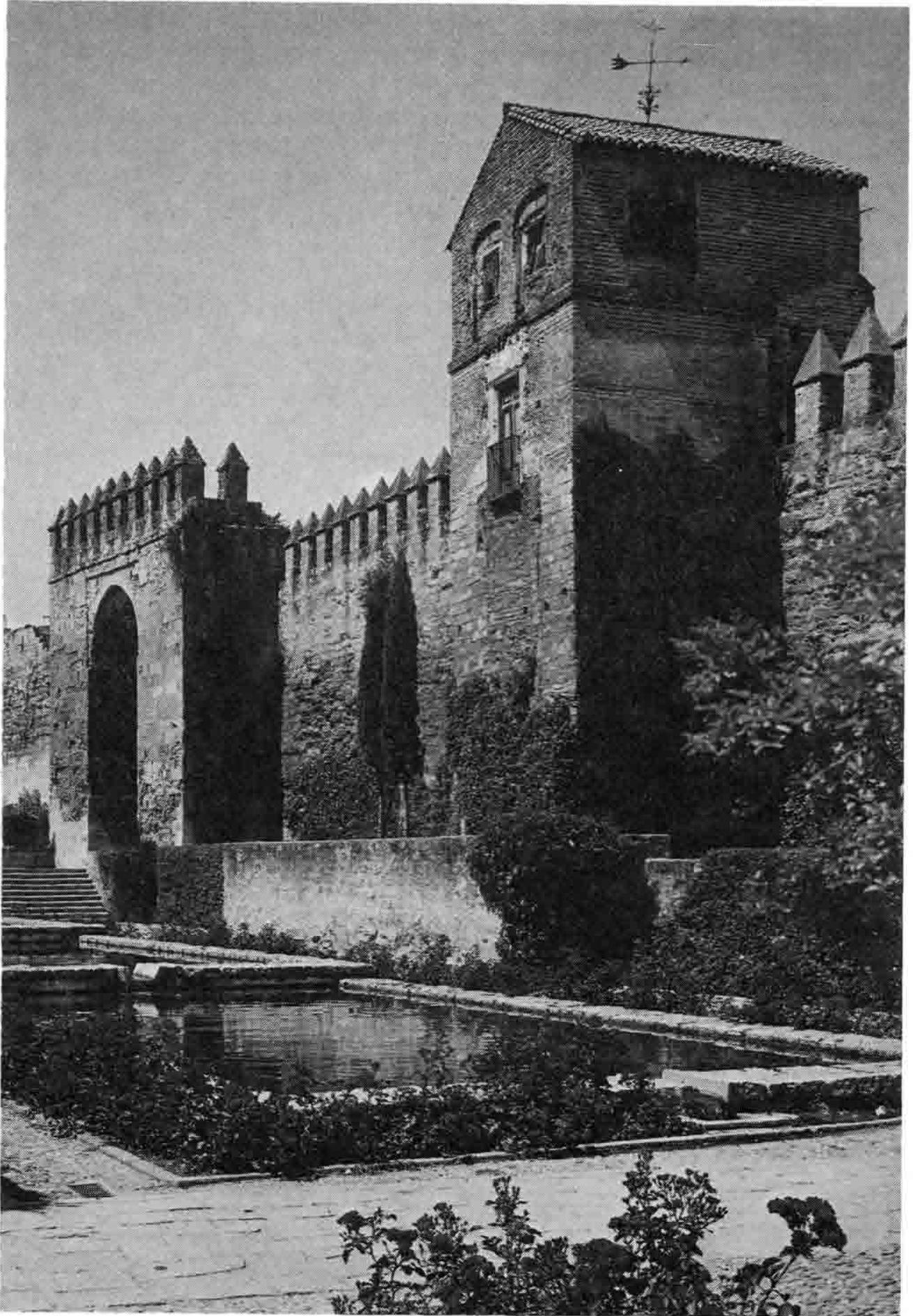
La novela como biografía sería el punto de partida desde donde el héroe buscaría un destino, una confrontación e incluso una modificación de su entorno. Comparar en este punto Kafka con Flaubert o Goethe sería necesario para alcanzar una versión bergsoniana de la actitud crítica en la que la «ilusión» o la «representación» pudieran ser valores sujetos a una crítica ideológica revisionista para asegurarnos cómo espacio y tiempo podrían ser los dos mecanismos modélicos de la narratividad, tras la peregrinación homérica, que el mismo Joyce no soslaya, hasta una «demonización» que funde a Freud con Dostoyevsky, Ibsen o Strindberg. Pero la *Estética* de Hegel está presente en cada página y la mitología de la «totalidad de los objetos» que deben encontrarse en un buen texto suponía un esfuerzo ideológico por parte del lector. La literatura como respuesta sociohistórica. La presencia del autor como testigo de una realidad acuciante que no debe «estilizar» demasiado. La obra de arte como emblema de una lucha de clases. Es muy peligroso hablar de la función de la literatura en Lukács y desligarlo de su ideología marxista, pero debe intentarse. De este modo

reconoceremos una vez más la influencia excepcional de su obra, su vigencia en el pasado y en el presente, y hasta la necesidad de volver hacia sus consignas buscando una explicación ideológica, polémica y amarga de la realidad actual, de la vida cotidiana de los años ochenta. De la función y misión de la literatura en nuestros días.

CÁNDIDO PÉREZ GÁLLEGO
Comandante Zorita, 4, 3.º, 8.ª
28020 MADRID



Georg Lukács (caricatura de Ortuno)



La Puerta de Almodóvar, en el recinto medieval de la ciudad de Córdoba, acceso a la Judería